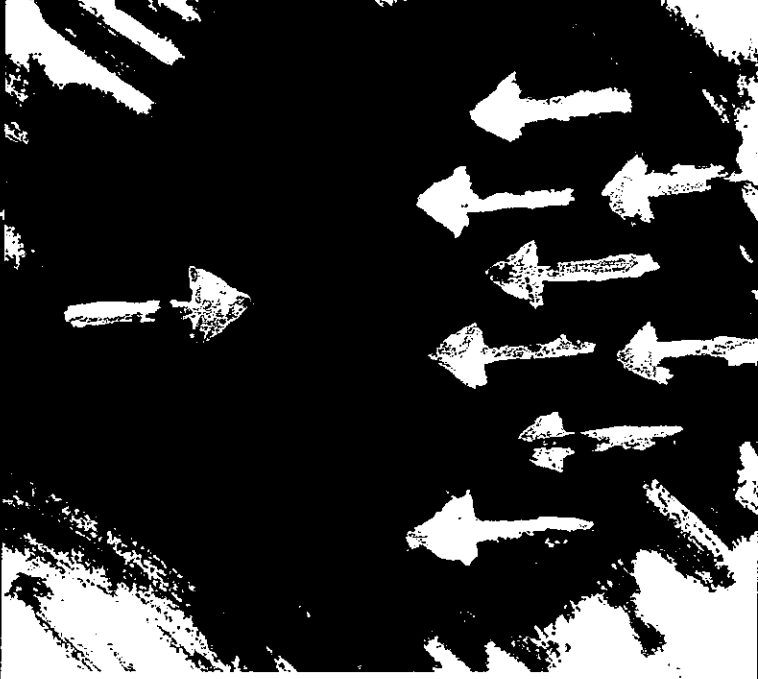


La función social de la Locura

Una mirada desde el poder



ESCUELA DE CIENCIAS DE LA SALUD Y SERVICIO SOCIAL

Reimpreso 2002
Argentina



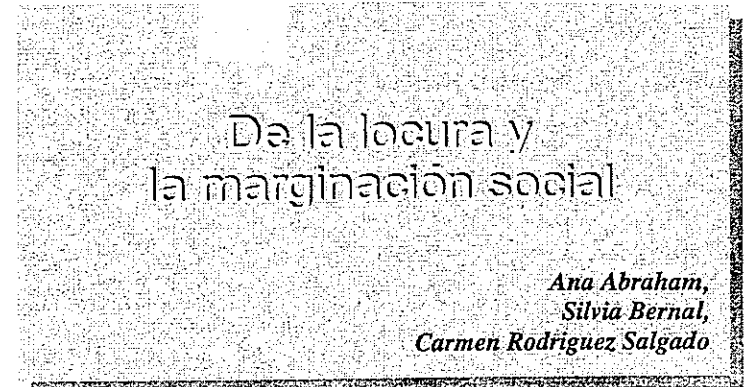
2009

4

Operar sobre lo cotidiano, sin perder el horizonte que nos contiene se nos presenta como un ejercicio indispensable. En esto, resulta determinante la presencia del marco de referencia que empleemos en nuestro ejercicio diario.

Conocer la interrelación de fuerzas, nos permite intervenir con eficiencia a fin de realizar un aporte significativo y trascendente hacia la resolución de las problemáticas en que estamos comprometidos.

Participar en la construcción de nuevas respuestas nos permite contribuir a la generación de realidades basadas en la identidad y autonomía de las personas.



"MAGIA, MITO Y RELIGIÓN"

En los albores de la humanidad, el hombre primitivo sólo podía mirar en dos direcciones: hacia afuera, al macrocosmos, donde la naturaleza arremetía con sus fuerzas ciegas, arbitrarias y caprichosas; o hacia adentro, su microcosmos, donde su propia naturaleza se poblaba de afectos profundos, pánico, angustia, ira, confirmando su vivencia íntima y original.

Surgen entonces, para el ser primitivo, las categorías de lo sagrado y lo profano, en que se divide su amplio campo de experiencias. En lo profano estaba incluido todo lo que se refería a su sentido pragmático de la vida. En lo sagrado, todo lo que se refería a las furias naturales, a los misterios del mundo físico y a los de su propio mundo íntimo, que escapaban a toda forma de dominación.

Aparece la magia como el primer intento de dominar lo sagrado y sus incógnitas. La relación sincrética entre el macrocosmos y el microcosmos, esa analogía íntima y oculta entre esas dos categorías, es un principio mágico, cuyo residuo se encuentra en civilizaciones más evolucionadas y que conlleva a una división del mundo y del espacio en zonas desfavorables y zonas favorables, y se entronca con

otro principio arcaico, el de inclusión y de exclusión. De esta manera, surgen las prácticas de la magia blanca, que tendían a la inclusión y a la participación y de la magia negra, que tendían a la exclusión.

La práctica mágica trasciende lo individual y pasa al vínculo y se instituye la familia, el clan o la tribu, que posibilitan la inclusión de quien comparte la misma cosmovisión y el orden basado en la cooperación y la consecuente exclusión de quien no comparte los mismos principios, teniendo por desconocido y desfavorable para los intereses de la comunidad.

La figura del mago encarna las fuerzas de la naturaleza que se quieren dominar, dando origen a los rituales mágicos, que culminaban en el contagio grupal. La mala distribución afectiva provocaba fenómenos de conmoción en el grupo. Esta alta tensión emocional traía como resultado la alienación del depositario y su alejamiento del grupo, porque debía hacer las veces de catalizador emocional. La situación se resolvía por el principio de exclusión y por el tabú que condenaba a la extranjería, cuando no directamente a través del sacrificio físico del encarnado. De este modo surgió el rol de «víctima propiciatoria». En algunas comunidades, esta gran concentración de energía se canalizó, para su descarga, hacia objetos o animales que eran ofrecidos como objeto-ofrenda. Un ejemplo claro es el macho cabrío de los primeros rituales agrarios.

Este resabio ritual de la sociedad primitiva parece encontrarse aún en culturas evolucionadas, donde los niños abandonados, los locos, los discapacitados, los pobres y tantos otros marginados se han transformado en los chivos emisarios de nuestra época. Como víctimas propiciatorias cumplen la función de válvula de escape de las comunidades, que los condenan a la exclusión, la extranjería o la muerte, para que el grupo recupere el supuesto equilibrio.

Aquella sociedad primitiva realizó un salto cualitativo que le permitió pasar del pensamiento mágico al pensamiento mítico, que se instituye en una regla conocida como ley de imitación o ficción. Ahora las fuerzas de la naturaleza comienzan a personificarse, van tomando la forma de dioses antropomorfos, que son los nuevos arquetipos de valor.

En esta nueva cosmovisión, el hombre se propone transformar lo desconocido en lo conocido. Así, el mundo se divide en las categorías de lo familiar y lo extraño. Y para integrar lo desconocido, debe transformarlo en familiar. Este pensamiento se basa en el anterior principio de inclusión-exclusión, pero tratando de provocar una progresiva participación. Este intento totalizador se puede dar mediante la síntesis simbólica. "Símbolo" denominaba a la figura o efigie familiar que podía ser partida en dos y entregarse una de las partes a quien emprendía un viaje. Mediante este acto ritual, quien poseía el trozo separado de la figura era reconocido, aceptado en el orden de lo familiar (a pesar de los cambios fisonómicos después de los largos viajes) y recibido en el clan.

Lo contrario de lo simbólico, era precisamente lo diabólico. Lo desgajado, lo extraño, lo peligroso, lo amenazador y lo misterioso era excluido del orden de lo conocido y lo familiar. Preocupación primitiva y constante del ser humano, que perdura aún hoy...

Pero esta tendencia a comprender lo desconocido termina por integrar el mundo en un todo estructurado y este proceso desemboca en el último salto cualitativo a la sociedad religiosa, con su peculiar teogonía y su teología. "Religiere" significa unir los distintos mitos en un todo estructurado. En esta etapa, la sociedad pasa a ser una sociedad ideológica.

En la Antigua Grecia, el pueblo estaba estructurado en una religión totalizadora, que contenía los mitos que le dieron origen y que siguen siendo instrumento de control social. Y por encima de toda regla, la fuerza del destino o Moira, que representa el castigo ineludible para el que se rebeló contra las normas instituidas. La concepción de dioses antropomorfos puede ser entendida como la imposición de figuras modelo para la dominación y la organización social, y como la emergencia de una casta que quiere proponerse como modelo de autoridad de otras castas.

Con estas transformaciones, las fuerzas de la naturaleza que el hombre mortal temía y veneraba, se convirtieron en personalidades arquetípicas y grandiosas, más o menos poderosas, benéficas o crueles, algunas veces caprichosamente arbitrarias, que también deben ser veneradas, temidas y aplacadas, para evitar el castigo o la exclusión.

INQUISICION, BRUJAS Y LOCOS ...

Siguiendo a Thomas S. Szasz en «La fabricación de la locura», la magia y la brujería dieron al hombre una teoría para explicar las causas que provocaban las epidemias, los desastres de la naturaleza, las desgracias personales y la misma muerte, y los métodos para enfrentarlos. El comportamiento diferente en las personas que se apartan de las normas instituidas en el grupo, se transforma en un misterio o una amenaza similares. Aparecen los conceptos de posesión diabólica y locura, intentando brindar una explicación a estos comportamientos.

La caza de brujas es anterior al siglo XIII, pero es en ese momento cuando se organiza la Inquisición, con la finalidad de proteger a la sociedad de daños. «El peligro era la bruja; el protector era el inquisidor». Asimismo, si bien el concepto de locura es anterior al siglo XVII, es allí que la sociedad europea inicia un movimiento con el mismo objetivo de proteger a la comunidad de daños y aparece entonces la Psiquiatría Institucional. «El peligro era el loco; el protector era el alienista».

¿Qué es lo que hizo que tomara fuerza la persecución de las brujas en el siglo XIII y la de los locos en el siglo XVII?

En la sociedad europea medieval un gran poder era ejercido por la Iglesia; en tanto sociedad religiosa, cualquier desviación se comprendía en sentido teológico: la bruja se desvía, siendo el agente de Satanás. El hombre se mostró descreído y temeroso de la realidad, orientándose hacia lo sobrenatural. Crecieron las ideas demoníacas y mágicas, juntamente con las creencias cristianas.

Por lo tanto, se definían como «heréticos, a la hechicera que curaba las enfermedades; al hereje, que pensaba por sí mismo; al fornicador, que abusaba del placer sexual y al judío que, inmerso en una sociedad cristiana, rechazaba la divinidad de Jesús». Cada uno de ellos era perseguido por la Inquisición, dado que era considerado enemigo de Dios. El designio divino regía la vida en la tierra, en el cielo y el infierno, siendo el único orden de las relaciones humanas.

Es importante señalar que el desarrollo del contrato feudal establecía relaciones recíprocas de obligación entre señor y vasallo. Frente a la posibilidad de pérdida de autoridad por parte del señor feudal, refuerzan su poder y los gobernados, temiendo perder su protección, refuerzan su sumisión. Por lo tanto, ambas partes, gobernantes y gobernados, encuentran una figura responsable de todos los males que soporta la sociedad, siendo las brujas perseguidas en masa, convirtiéndose esto en una práctica social aceptada.

Durante siglos, la Iglesia bregó por mantener su papel preponderante en la sociedad y la bruja representó el papel de víctima propiciatoria de esa sociedad. Satanás y sus brujas eran una parte fundamental de la religión cristiana, como Dios y sus santos. El creyente no podía dudar de la existencia de las brujas ya que esto, de por sí, era signo de ser hereje.

Fue una tarea fundamental de los inquisidores y autoridades civiles, realizar una acertada identificación de las brujas. En la época de la caza de brujas, médicos y sacerdotes realizaban el "diagnóstico diferencial" entre enfermedad natural y enfermedad diabólica.

Hubo personas que manifestaron su descontento contra la cacería de brujas, no oponiéndose a la caza en sí, sino a sus "abusos o excesos". No obstante ello, la persecución de la bruja se extendió por más de cuatro siglos, generando rendimiento económico, tanto para las autoridades eclesiásticas como para civiles, dado que las aldeas y ciudades pagaban para liberarse de ellas y confiscaban sus bienes.

En el siglo XVII comenzó a decaer el poder de la Iglesia y la cosmovisión religiosa del mundo, con la superioridad de la razón y la experiencia. Surge el pensamiento científico; el conocimiento aumenta el poder del hombre: "Ciencia y poder humano, coinciden", de allí que "saber es poder" (Bacon). Desaparece el binomio bruja-inquisidor dando paso al binomio loco-alienista.

En este nuevo orden (laico y científico), también existían individuos descontentos, inconformistas que no aceptaban los valores impuestos por la sociedad, transformándose en enemigos. En este nuevo período, la Gracia Divina es remplazada por la Salud Pública.

A estos enemigos internos se los rotulaba como locos y aparece, así como la Inquisición anteriormente, la Institución Psiquiátrica, para proteger a la sociedad de este peligro. «El encierro a gran escala de los dementes», como lo define Michel Foucault, comienza en el siglo XVII.

Para ser considerado loco, era suficiente ser abandonado, necesitado, pobre o rechazado por los padres o la sociedad. En París, en 1656 se funda el Hôpital Général que alberga a 6.400 internados (el 1% de la población), entre los que se contaban niños huérfanos, prostitutas, desvalidos, ancianos y hasta el pobre trabajador. Los dos Hospitales Mentales de París, la Bicêtre para muchachos y la Salpêtrière para mujeres, se convertirían en los más famosos del mundo entero, habiendo tenido este último, además, un sector destinado a prisión. Las personas eran encerradas, no para recibir atención médica, sino que el intento era la protección de la sociedad y evitar la desintegración de las instituciones.

La institución psiquiátrica se manifestó como sucesora de la Inquisición, dada su función de «control social y afirmación ritualizada de la ética social dominante».

ENFERMEDAD MENTAL Y MARGINACION

Es revelador que aún después de la Revolución Francesa, los individuos asociales, las prostitutas, enfermos mentales y delincuentes fueran recluidos en una misma institución. El estigma común era que por ser diferentes, debían ser marginados. No se tenía en cuenta la especificidad de cada caso, porque en realidad no era esto lo que importaba, ni tampoco se replanteaba la necesidad de marginar a quienes eran diferentes.

La noción de «enfermedad mental», aunque nos cueste aceptarlo, remite a criterios de «adaptación social». Curarse significa «entrar de nuevo en las filas de los bienpensantes». La sociedad exige que el orden no sea perturbado: esto se tiene en cuenta cuando el médico

redacta un certificado según el cual la persona es considerada como "peligrosa para sí misma o para los demás". Esto implicará su aislamiento con la consecuente separación de la sociedad.

En el reconocimiento como loco, la sociedad, por intermedio del psiquiatra, lo ubica en la categoría de los enfermos mentales. A partir de separarlo, encerrarlo, aislarlo, cierta tradición médica ha hecho del psiquiatra un personaje que detenta una especie de autoridad moral y policial. Administrativamente, tiene intereses compartidos con la policía, sobre todo por decisión de la justicia; de allí que a veces el paciente vive la hospitalización como una sanción merecida. Así, en el tan mencionado hogar-prisión, representado por el hospital psiquiátrico, el psiquiatra es el guardián.

De esta manera, el personaje del médico releva a la autoridad familiar y a la policial, creando una situación particular e imprimiendo a la enfermedad del asilado una figura diferente de la que reviste la enfermedad mental fuera del asilo. Nos estamos refiriendo a la enfermedad "institucional", que se agrega a la enfermedad inicial, deformándola o fijándola de un modo anormal. Es usual que se le recomienda al psiquiatra la tarea de curar y custodiar al enfermo, como si eso fuera posible. Ambos términos configuran una contradicción. Quien debe custodiar y asegurar la marginación del enfermo, difícilmente pueda curarlo.

Franco Basaglia ha denominado "instituciones de la violencia" a la cárcel y al manicomio. El sistema social que busca marginar a aquellas personas que se desvían de la norma, se vale de tales instituciones, entonces éstas pasan a ser estrategias del sistema que sirven para la conservación del mismo. Diversos grados de violencia se ejercen bajo el rótulo de "recursos terapéuticos": encierro, medicación excesiva, chalecos químicos, electroshock, chalecos psicológicos, etc., pasando a ser formas severas de reprimir la alteración del orden familiar y social.

En nuestro país, la separación de los "locos" en instituciones especializadas, se planteaba ya desde comienzos de la medicina y particularmente fue considerada en el período de las reformas de Rivadavia, quien profundiza la organización de la medicina pública

iniciada por el Virrey Vértiz, pero reduciendo drásticamente la intervención religiosa. En este momento histórico ya se anticipaban las primeras intervenciones del poder estatal sobre la marginalidad, en la que la locura y otras formas de ociosidad comienzan a ser definidas como un desorden público.

La represión de la mendicidad y la vagancia empiezan a formar parte de una intervención sobre el cuerpo como productor. Aquí también la lógica de la reclusión va a juntar progresivamente a locos, inválidos y mendigos. Michel Foucault en «El nacimiento de la clínica», ha señalado la coincidencia estructural de la medicina y la economía tal como se constituyen en el siglo XIX, a partir de una común referencia al valor central del trabajo, como fundamento de la riqueza y equivalente de salud. En nuestra sociedad, la definición de la norma tiende a coincidir con la producción; cualquiera que se ubique al margen de las expectativas dominantes en este campo, pasa a ser rotulado como inadaptado.

Nuestro país, visualizado por los fundadores como un desierto bárbaro, con algunas pocas ciudades civilizadas, propiciaba la incorporación de inmigrantes trabajadores, combinando de esta manera, los objetivos económicos con la utopía de una gigantesca empresa de moralización. Se acompañaba a esto, una descalificación de las condiciones morales y raciales de la población nativa, y la idea de «fabricar un hombre argentino», a partir de la combinación de un cuerpo natural metaforizado por la calidez y fecundidad de la pampa y un «ego» fundante propiamente europeo.

Cuando los resultados de la inmigración mostraron su producto, comienza a circular en numerosos estudios (tanto en la interpretación de la historia hecha por José M. Ramos Mejía, como en la obra sociológica de José Ingenieros), no sólo la convicción de que todo síntoma es ante todo social, sino el fenómeno más relevante y destacado desde las miradas del alienista, como fue el fenómeno migratorio y su relación con la locura. «Los extranjeros enloquecen más fácilmente», y así la figura del «loco inmigrante» resultará exhibida en numerosos casos y producirá tipologías. No sólo se les propondrán controles y exámenes sobre el estado mental, sino que cuestiones

referentes al destino de la raza y al futuro de generaciones argentinas, serán severamente cuestionadas.

En este sintético recorrido, vemos que en la Edad de la Brujería, las enfermedades eran naturales o diabólicas y el inquisidor y el médico debían diferenciarlas, lo que ciertamente era una ardua tarea. En la Edad de la Locura, la enfermedad era orgánica o psicogénica y el médico era el experto que realizaba el diagnóstico diferencial. También en el campo de la Salud Mental es una ardua tarea diferenciar quién está y quién no, mentalmente enfermo. La bruja y el loco son dos entidades que se convierten en figuras amenazantes, por lo que deben ser excluidos de la sociedad: muerte en la hoguera o reclusión en el manicomio, como reminiscencia de principios primigenios que tienden a marginar todo aquello que se aleje de la norma socialmente instituida.

La Inquisición y la Psiquiatría Institucional se desarrollaron desde distintas circunstancias económicas, morales, culturales, sociales y políticas. Sus medios son similares y vemos que cada organización "articula sus métodos opresivos en términos terapéuticos". El objetivo del inquisidor es salvar el alma del hereje y mantener la integridad de la Iglesia; el psiquiatra restablece la salud mental del paciente y protege a la sociedad de los dementes.

La persecución de las brujas y de los locos manifiesta la intolerancia social y son signos de expresión del poder, que necesita excluir para mantener la hegemonía. El hombre ha utilizado, a lo largo de la historia, diversos métodos para tratar los antagonismos sociales e interpersonales, métodos que tienen en común el uso de la fuerza. Pero el hombre, justamente por su capacidad racional, no solamente se limita a coaccionar y oprimir, sino que debe dar explicaciones y justificaciones desde sus distintos lugares de poder.

Las instituciones sociales más relevantes implicadas en la práctica de la violencia psiquiátrica son el Estado, la familia y la profesión médica. El Estado, en tanto decide la internación involuntaria de personas con enfermedad mental; la familia, que aprueba esta disposición y los profesionales de la Psiquiatría, que proporcionan la justificación necesaria.

La igualdad abstracta es un mito; por el contrario, se deben admitir las diferencias, porque esto permite compensar las desventajas, paso indispensable para la integración. Olvidamos que el trato a los marginados y el respeto de los derechos de las minorías son las formas de una convivencia, concebida en términos de proyecto solidario.

La enfermedad mental ya no puede ser pensada como una entidad abstracta separada del enfermo. Debemos rescatar su grado de problematicidad singular entre las restantes dolencias humanas, dado que se presenta como la más vinculada a los intercambios sociales, tanto en las causas como en las manifestaciones clínicas y en las reacciones que provoca.

Cuando ubicamos al paciente en alguna categoría nosográfica, debemos estar alertas de cómo podemos disfrazar la incompreensión. Al decir de Michel Foucault, «los psicodiagnósticos psiquiátricos clásicos, son monólogos de la razón sobre la locura». Deben ser remplazados por diagnósticos situacionales que permitan evaluar la interacción del paciente en diferentes contextos (familiar, grupos de pares, laboral, etc.) y el grado de retracción social al que su sintomatología lo condujo.

Desde esta perspectiva, la enfermedad no puede ser sino el resultado de relaciones interpersonales fallidas. La locura es una denuncia; inquieta porque prueba que algo funciona mal. Y este algo, desde el momento en que la enfermedad deja de ser considerada como natural e inherente al sujeto que la padece, compromete a la estructura en la cual esta persona está inserta.

Bibliografía

- ABED, Luis César: "La enfermedad en la historia". Universidad Nacional de Córdoba. 1995.
- KRAUT, Alfredo: "La salud mental ante la ley" en Revista Jurisprudencia Argentina N° 5926. Bs.As. 1995.
- MENEGAZZO, Carlos: "Magia, mito y psicodrama". Ed. Paidós. Bs.As. 1981.
- SZASZ, Thomas: "La fabricación de la locura". Ed. Kairós. Barcelona. 1974.
- FOUCAULT, Michel: "El nacimiento de la clínica". Ed. Siglo XXI. Méjico. 1986.
- FOUCAULT, Michel: "Microfísica del poder". Ed. La Piqueta. Madrid. 1980.
- VEZZETTI, Hugo: "La locura en la Argentina". Ed. Paidós. Bs.As. 1985.